

VEREDAS, CUMBRE Y BARRANCAS

Porfirio Hernández

1939

Nacido en Honduras, Porfirio Hernández emigró a México desde muy joven y se dedicó al periodismo con el pseudónimo de Fígaro. Colaborador de *El Universal* durante los años treinta y cuarenta, sus crónicas de viajes por México las reunió en 1947 y 1951 en estos libros: *Veredas, cumbres y barrancas* y *Recorriendo México a pie y a caballo*, donde incluye numerosos recorridos por tierras oaxaqueñas. De 1939 son estas primeras citas:

“Ixtlán es la última población realmente civilizada que vamos a ver en muchos días. Se acabó la luz eléctrica, se acabaron las radios y algo que es más aflictivo: el idioma español, porque en adelante éste resulta un lenguaje tan extranjero como el inglés. La civilización occidental, aquí, estará representada por tres cosas: iglesia, palacio municipal (en donde siempre hay un funcionario civil que farfulla cuando menos el castellano) y la escuela. El profesor por lo general es mestizo; tiene por tarea, ante todo, enseñar el español y en ello se pasa la mayor parte del tiempo. Los indios, según se me dice, asisten de una manera muy irregular a la escuela. Es difícil obligarlos a resistir siquiera tres meses de enseñanza al año. Al ver aquellos pueblos, en donde nunca falta una iglesia a medio derrumbarse y alguna que otra casa antigua de calicanto, rodeados de jacales, se tiene la impresión de que el proceso civilizador del conquistador español fue cortado brutalmente por la espada de libertador indígena.

“Pero desde el punto de vista moral, creo que hay pocas regiones de la república en donde la gente sea más pacífica, más tranquila. Muy religiosos y muy ‘porfiristas’, van siempre desarmados, saludan con respeto a toda persona de razón que encuentran. No se ven borrachos por ninguna parte. En uno de los lugares en donde estuvimos, había



un individuo que parecía medio alegre. El presidente municipal se apresuró a decirnos: ‘Ese no es de aquí’. El alcohol, los gritos, el machete, son más bien propios de la raza mestiza de la tierra caliente. Se puede viajar por toda la sierra de Juárez, y por la región chinanteca, como si estuviéramos en el más civilizado de los países. Digo esto para que la palabra civilización se tome únicamente en su sentido occidental.

“Macuiltianguis es el último pueblo en que se habla zapoteco. En lo sucesivo desaparece este lenguaje nasal, que recuerda el que hablan los japoneses, y lo substituye un idioma gutural, que es el chinanteco [...] El profesor nos ha dicho que hay que buscar guía bilingüe y cambiarlo al llegar a Macuiltianguis, porque desde ahí en adelante el zapoteca resulta un idioma tan incomprendible como el español. No tardamos en encontrar a un arriero que es casi un filólogo. Conoce el español y el zapoteco a maravilla. Pero flaquea en chinanteco [...].

“A medida que las gruesas capas de neblina se disuelven, vemos que detrás de la cortina de niebla se levanta el fantasma de una montaña. Es El Tecolote. La perspectiva en que nos encontramos nos la hace aparecer más alta de lo que es en realidad. En sus faldas, casi verticales, se encuentra el pintoresco pueblo de Atepec. Yo había soñado en el pueblo vertical, pero... no creía que existiera en realidad. Atepec es una población que puede compararse muy bien con un *skyscraper* neoyorquino. Sólo que no tiene elevador. [...]

“Salimos del antiguo reinado chinanteca, hoy San Pedro Yolox, y emprendemos la subida hacia el portillo de Cuasimulco. Vamos rápidamente, para aprovechar el tiempo. Pero no tardamos en darnos cuenta de que las bestias son demasiado débiles para esta jornada. En vista de ello, echamos pie a tierra y nos ponemos a arriarlas. Con ello quedamos convertidos en arrieros y teniendo que pagar por ello. No aconsejo a nadie que haga el viaje por aquí de otra manera que a pie. [...]



“Nada hay más lógico que un camino real. Y lo mismo puede decirse de todos los senderos o veredas que atraviesan las montañas. Los chinantecos, que nunca han tenido vacas ni caballos, construyeron este camino para andar a pie nada más y en esta región cualquier vuelta que se dé resulta indispensable. Observando los caminos rústicos de las tierras altas, he comprendido que están hechos por el mejor ingeniero, que es el sentido común. Lo mismo puede decirse de los ríos, que son caminos que corren. Nunca dan una vuelta innecesaria. Hay, lejos de aquí, pero paralelo, un afluente del Papaloapan que se llama Río Tonto, sin duda por las innumerables vueltas que da. Pero, una vez que he conocido el terreno, estoy en condiciones de asegurar que el único tonto fue el que inventó ese nombre. [...]

“Apenas se concibe que un lugar que bien podría confundirse con el paraíso terrenal [Valle Nacional], goce de una fama tan desastrosa como este valle, en donde se produce toda clase de cereales y frutas, amén del tabaco y del café. Pero es que antaño sirvió de algo así como de colonia penal. Nada más que los trabajadores que se enviaban aquí, contra su voluntad, no habían cometido más delito que el de haber nacido. [...]

Fuente: Iturriaga, José N., *Viajeros Extranjeros en el Estado de Oaxaca (Siglos XVI-XXI)*, México, Seculta, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2009. pp. 233-234.

